

## VIEJAS COSTUMBRES CUBANAS

Las verbenas de San Juan fueron durante la época colonial, hasta los comienzos del siglo XX, una de las más típicas costumbres habaneras, de las que el pueblo en general, y principalmente el populacho, disfrutaban intensamente.

La víspera del día 24 de junio se celebraban estas tradicionales fiestas, que atraían a la calzada de San Lázaro y los arrecifes del litoral habanero, que se extendía entre esa calle y el mar, a un público numeroso, procedente de distintos barrios de la capital, celebrándose infinidad de bailes públicos y llenándose todas las esquinas de las calles que se iniciaban en esos arrecifes, de infinidad de ventorrillos, adornados con farolitos japoneses de variados colores y diversidad de casetas de madera, donde se vendían refrescos, frutas del país, comidas y golosinas.

Desde las cinco de la tarde, una doble hilera de coches de alquiler y particulares, circulaban en viajes de ida y vuelta por la calzada de San Lázaro, desde Prado hasta la fortaleza que se conocía entonces con el nombre de Batería de la Reina, situada frente a la Casa de Beneficencia y Maternidad, y que ocupaba los terrenos donde se encuentra emplazado hoy el Parque de Maceo.

En casi todas las casas situadas en ambas aceras de la calzada de San Lázaro, de Cárcel a Belascoaín, se bailaba alegremente hasta altas horas de la madrugada. El pueblo lo hacía en las explanadas de los arrecifes y en los distintos baños públicos que existieron por aquellos lugares, y que eran los siguientes:

En la bajada de Crespo estaban los de *San Rafael*, que se conocían también con el nombre de *Baños de Romaguera*; en la esquina de Blanco existieron unos que se les decía *De los Soldados*, por la gran cantidad de militares españoles y de gente bullanguera que acudía a ellos diariamente, durante la temporada de verano, y en la esquina de Gervasio existían los de *La Madama*,

que eran muy pequeños y sucios. El mejor atendido y el mayor de todos fué el de los *Campos Elíseos*, situado en la esquina de Cárcel, y del cual era propietario un norteamericano apellidado Durán.

Se bailaba toda la noche hasta la salida del sol. Entonces, gran parte de los bailadores se dirigía a las pocetas, tomando algunos un baño completo y limitándose otros, los menos, a mojarse los pies, pues la tradición popular cree que el baño del día de San Juan, con el que se iniciaba la temporada, tiene virtudes diferentes al de los restantes días del año. En la actualidad esa tradicional costumbre subsiste entre el pueblo, y son muchas las personas que en las primeras horas del día 24 de junio toman baños de mar.

En cada bajada al arrecife era costumbre levantar, utilizando maderas viejas, una casa, un barco, un castillo, etc., colocando siempre en ellos un muñeco, al que fijaban dentro del vientre bombitas que explosionaban ruidosamente, cuando a las doce de la noche se le daba fuego a las casas y ardían en medio del mayor regocijo popular. Las más famosas fogatas eran las de las esquinas de Galiano, la de Industria, la de Crespo y la de Cárcel, donde, como dejamos dicho, estuvieron los baños conocidos por *Campos Elíseos*.

La costumbre de las fogatas de San Juan, que eran el regocijo de todos los jovencuelos de 17 a 20 años, no se limitaba, solamente, a los arrecifes de San Lázaro, pues en muchas esquinas de los barrios habaneros, y principalmente en el de Jesús María, se hacían también estas típicas candeladas.

De estas fiestas surgieron distintos bandos, esforzándose cada uno en mejorar la labor del otro, bien en la amplitud y forma de la casa, barco o castillo, etc., que sería quemado, o por la orquesta que amenizaría el espectáculo, que era, como dejamos dicho, un baile público donde predominaba el danzón y la rumba. De este torneo, que en un principio se limitaba a lo expresado,

surgieron sangrientas reyertas, que encontraron ambiente adecuado en los partidos de ñañigos, que estaban formados unos por el grupo *Ebión*, que radicaba en San Lázaro, de Belascoaín a Vapor, y el otro del grupo *Ecorio-Efó*, que tenía su *cuartel general* en el café que existió en Galiano y San Lázaro, en el cual ocurrieron sangrientas reyertas a tiros y puñaladas, frecuentemente. Claro está que había años tranquilos, en que las fiestas de San Juan se celebraban sin sangre, pero, en cambio, otros, afortunadamente los menos, eran cruentos y dramáticos.

En San Lázaro y Blanco existió una bodega nombrada "La Mañana de San Juan", que era una de las mayores del barrio, y a la que acostumbaban frecuentar toda la gente maleante. Una noche de verbena, se desarrolló frente a los *Campos Elíseos* una cruenta refriega en la que tomaron partes miembros de los bandos citados, siendo uno de los protagonistas el jefe del grupo de los *Ebión* y el otro uno de los miembros del bando de los *Ecorio-Efó*. El primero de ellos, que era un individuo nombrado Adolfo Febles, dió muerte a su contrincante de una certera cuchillada que le atravesó el corazón, huyendo después de la policía.

Febles disfrutaba de grandes influencias, y se las arreglaba siempre para lograr que la policía no lo arrestara, permaneciendo solamente algunos días oculto, es decir, sin hacer acto de presencia en lugares públicos.

Pero en esta ocasión no ocurrió así, pues ya las atrocidades de este hombre rebasaban todos los límites, decidiendo el Sr. Felipe Martínez, que era entonces Jefe de la Policía de la Habana, que Febles, para continuar disfrutando de libertad, tenía que abandonar la Isla, o de lo contrario, lo entregaría a los tribunales de justicia. Y Febles, entonces, se ausentó de Cuba.

Estuvo fuera del país hasta el 24 de diciembre del propio año, que decidió regresar, oculta-mente, a La Habana, con el propósito, seguramente, de pasar la Nochebuena entre familiares y amigos. La noticia de su vuelta a esta capital llegó en seguida a conocimiento de los compañeros del grupo de su última víctima, quienes comenzaron, afanosamente, a buscarlo por todos los lugares donde él tenía por costumbre frecuentar. Y, como sabían que Febles tenía una amante en el barrio de Pueblo Nuevo, in-

tensificaron la búsqueda por solares, bodegas y cafés de este barrio.

Lo encontraron dormido, inclinado sobre una mesa, en el café "El Siglo XX", que todavía existe en Neptuno y Belascoaín. Allí mismo le dieron una terrible puñalada, penetrándole el cuchillo por la espalda, para salir por el centro del pecho, muriendo horas después.



Antes de construirse el actual Malecón, las casas que se edificaban en las aceras pares de la calzada de San Lázaro, tenían generalmente un sótano en la parte que daba a los arrecifes, levantándose los edificios sobre pilares, para que el oleaje penetrara por debajo. En la esquina de Gervasio, el mar llegaba, normalmente, hasta San Lázaro, y las casas eran de este tipo de fabricación.

En el sótano de la casa situada en la misma esquina de Gervasio, existía un pesquero de mojarras, al que con frecuencia concurría un gran aficionado a la pesca, el Sr. Arcadio García, jefe de los talleres de la *Fundición Landen*, que estuvo establecida en la esquina de Colón y Blanco, donde se encuentra hoy la planta auxiliar de la Havana Electric Railway Co. Como en aquellos días no estaba por aquel lugar abierta al tránsito público la calle de Blanco, los talleres de esta fundición ocupaban la calle también y la esquina opuesta, donde existe hoy una farmacia.

El propietario de esa fundición, era un inglés apellidado Van-der-Guten, que residía, con su familia, que era muy numerosa, en la casa de su propiedad situada en la propia calzada de San Lázaro esquina a la calle de Aguila, donde hoy existe un colegio público, que con la casa contigua, formaban entonces una sola residencia.

Una nieta del Sr. Van-der-Guten, contrajo, años después, matrimonio con otro inglés, el señor Roberto M. Orr, que fué administrador de los Ferrocarriles Unidos de La Habana, teniendo ese matrimonio una niña, bautizada con el nombre de Maggie, que es en la actualidad la esposa del conocido cirujano Dr. Gonzalo E. Aróstegui.

En esta casa de San Lázaro y Aguila, residió largos años la familia del Sr. Van-der-Guten, sucediéndose en ella tres generaciones, pues la fun-

dición de Landen fué establecida en aquel lugar hace más de setenta años.

Los arrecifes separaban las casas del mar, solamente hasta la esquina de Gervasio. Desde este lugar hacia el Vedado, el mar penetraba hasta los sótanos. En los lugares donde no existían casas, llegaba el agua hasta San Lázaro.

En los espacios de superficie plana de esos arrecifes jugaban por las tardes, a la pelota, dos novenas formadas por jóvenes deportistas, algunos de los cuales fueron después excelentes jugadores de las novenas profesionales del Habana y Almendares.

Los principales espectadores de estos juegos eran los tabaqueros, de los que existían entonces en La Habana unos veinticinco mil. Muchos de los cuales, sentados sobre el muro de los caños de las cloacas, presenciaban los juegos. En lugar de pelota utilizaban un trompo sin la puya de acero, que, cuando bateaban fuerte, iba a parar al mar.

En todas las bocacalles residían siempre pescadores que dejaban sus cachuchas sobre los arrecifes. Entre estos pescadores existió uno apellidado Jiménez, que se hizo famoso por el crecido número de tiburones que logró pescar. A este hombre lo acusó más de una vez la policía de propiciar, con su botecito, la huida de delinquentes perseguidos por la justicia, llevando, mediante cantidades en efectivo, hasta las costas de Key West, a individuos acusados de graves delitos.

Más tarde, al iniciarse en el año 1895 nuestra guerra de independencia, los cubanos revolucionarios huían al extranjero en el bote de Jiménez, prestando así este hombre muy buenos servicios a la causa cubana. Se le consideraba como un gran maestro de las cosas del mar y de ser también gran conocedor de las costas cubanas y norteamericanas.

Durante el Gobierno de Gral. Leonard Wood se construyó el muro del Malecón y la Avenida del Golfo hasta la esquina de Gervasio. Durante el primer Gobierno del General Menocal se llevó, siendo Secretario de Obras Públicas el Coronel José Ramón Villalón, hasta frente a la

Beneficencia, restándosele gran cantidad de superficie al mar, al ser rellenada lo que fué la *Caleta de San Lázaro*, que estaba junto al Torreón y donde diariamente se bañaban los caballos de los establos habaneros. Más tarde, se emplazó allí el bellissimo monumento al General Maceo, del malogrado escultor Boni, y se construyó después el Parque que hoy existe. Durante el Gobierno del General Machado, las obras se iniciaron de nuevo, llevándose el muro hasta la calle G, por el dinámico Secretario de Obras Públicas Dr. Carlos Miguel de Céspedes, a quien tanto debe la Habana desde el punto de vista urbanístico.

En los finales del siglo XIX, eran permanentes en la Habana las epidemias de escarlatina, viruelas, sarampión, tifoidea y fiebre amarilla o vómito negro. Entonces no se conocía entre nosotros la sanidad, ni existía tampoco el alcantarillado. Casi ni se usaban los inodoros, pues muy contadas casas disponían de tan necesario servicio.

Todas las casas tenían pozos negros o letrinas, que eran situadas, precisamente, a pocos pasos de la cocina. Era, en aquella fecha, un negocio muy lucrativo establecer un tren para la limpieza de letrinas, y, generalmente, estaban situados en el barrio de Pueblo Nuevo, que contaba, allá por los finales del siglo XIX, con un número muy limitado de residencias.

Todas las materias fecales que se extraían de las letrinas, eran arrojadas en el Canalizo, lugar pestilente que estaba situado junto a las faldas del Castillo de Atarés, muy cerca de los actuales elevados de los Ferrocarriles Unidos. Y era costumbre de algunas personas—y esto llegó casi hasta constituir una industria lucrativa—concurrir diariamente al Canalizo y registrar las materias fecales arrojadas allí en la madrugada de ese día, pues algunas veces solían encontrar prendas y objetos de algún valor.

En una ocasión, allá por el año 1901, cuando gobernaba la isla el General Leonard Wood, alguien encontró allí una gran cantidad de prendas valiosísimas, comprobándose, por las investigaciones que hiciera la policía, que pertenecían al propietario de la casa de préstamos que estuvo

establecida en la calle de Tejadillo, precisamente en el mismo edificio que ocupa hoy la notaría del Dr. Ramón H. Ruiz.

La curiosidad que despertó en el público este descubrimiento, motivó que una interminable caravana invadiera el Canalizo, en busca de nuevos tesoros, viéndose obligada la policía a intervenir, para alejar de aquel lugar a cuantos soñaban en hacerse ricos, registrando aquellas inmundicias.

Tras esas prendas, se tejió una dramática novela y se hicieron diversos comentarios, que nos han sido contados por una persona que tuvo oportunidad de conocerlos en aquellos precisos días, pero, no hemos de ahondar en el asunto, ni mucho menos comentarlo.



En las residencias donde ocurría algún caso de enfermedad contagiosa, se colocaba en la puerta una banderita roja, a excepción de los casos de viruelas, en que la bandera era amarilla.

El terreno por donde se extiende, actualmente, la Avenida del Golfo, era entonces simples arrecifes y tenía un nivel mucho más bajo que la calzada de San Lázaro. En casi todas las bocacalles, o por lo menos en muchas de ellas, iban las cloacas en forma de zanja hasta desaguar en el mar, siendo las más anchas de todas las que corrían por la calle de Industria y la calzada de Galiano. Esta última estaba cubierta hasta la esquina de Trocadero, y de este lugar, hasta su descarga, en el mar, iba descubierta, exceptuando el cruce con la calle de San Lázaro.

Como consecuencia del estado sanitario del

país eran permanentes las epidemias, y muy elevado el índice de mortandad. Era costumbre, al ocurrir el fallecimiento de alguna persona, que la familia arrojara, en las pocetas naturales de los arrecifes, la ropa de cama y la personal del finado, originando todo esto un negocio, que fué muchas veces causa de epidemias.

En la esquina de Malecón y Manrique, en los mismos terrenos que ocupa el rascacielo de Carrera Jústiz, existió una casa de una sola planta por la calle de San Lázaro, que tenía además un sótano en la parte que daba al litoral. En esta casa residió durante algunos años, el que fuera Rector de la Universidad de La Habana, Dr. Leopoldo Berriel.

En el sótano de esa casa vivía una morena que se conocía por Isabel, y tenía un hijo de oficio pescador, nombrado Pancho, pero era más conocido por "Pelusa". Esta mujer gustaba de recoger en su casa cuanto perro ambulaba por las calles, y esta costumbre le valió el mote por el que se le conocía, de *Isabel la perrera*.

Esta mujer recorría los arrecifes portando en su diestra un palo largo con una especie de gancho, en uno de sus extremos, que utilizaba para escarbar los bultos de ropa arrojados a las pocetas, donde solía encontrar sábanas, fundas, almohadas, etc., que llevaba para su casa, y después de lavarlas a su modo, las vendía, propalando así las enfermedades transmisibles, pues una sábana, por ejemplo, donde muriera un varioso o un tífico, con una simple lavada de agua y jabón, la creía libre, esta inocente mujer, de todo contagio. La proponía a distintas personas, hasta que al fin encontraba un comprador, no sin haber dejado antes el contagio en cuantos lugares estuvo con las ropas infectadas.

Luis Bay Sevilla